



400840
MADE IN SPAIN



R20408
EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE
DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

TOMO II.

CON SUPERIOR PERMISO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

MDCCXCVII.

677935700

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.



CAPÍTULO XX.

DE LA JAMAS VISTA NI OIDA AVENTURA
QUE CON MAS POCO PELIGRO FUÉ ACAEA-
DA DE FAMOSO CAEALLERO EN EL MUN-
DO, COMO LA QUE ACABÓ EL VALEROSO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ú arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don

Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedáron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna; mas no hubiéron andado docientos pasos quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba oyéron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente cra medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertáron á entrar entre unos árboles altos,

cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrepido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra cudad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la

caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escuzeczan las mas claras que ellos ficiéron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas

á Rocinante y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los quales si no volviere puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: señor, yo no sé por que quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho

donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el Cielo con vuestra merced en librarle de ser mantecado como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y quando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, quando yo de micdo de mi ánima á quien quisierc llevarla: yo salí de mi tierra, y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y mal hadada insula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado, y ya que del todo nõ quiera vuestra merced

desistír de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó esc colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debaxo de tierra quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día. Falte lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartáron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer aho-

ra esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiese; y así, quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ámbos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dixo: ea, señor, que el Cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase

con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegar-se, y esperar ó á que amaneciese ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dor-

mir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixé por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Dixole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle, como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo que si hiciera sí le dexara el temor de lo que oia: pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento que ya comienzo: era que se era, el bien que viniera para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advicrta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así

como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: y el mal para quien lo fuere á buscar, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir déxame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la qual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desá manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente

mente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di cómo quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dixo Don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dixo que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que yendo días y viniendo días, el diablo que no duerme y que todo lo añasca, hizo de

manera que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fué, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zellillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesan jamas: la Torralba que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los Reynos de Portugal: la Torralba que lo supo se fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde léjos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo

de espejo y otro de un peyne, y no sé que botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando que vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si

se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. — He ahí lo que yo dixé, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dixese quantas

cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mismo instante se me fué á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo dé contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quiza estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante: tor-

ndóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa, lo mejor que pudo, y echó al ayre entrámbas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas

que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo: ¿que rumor es esc, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hácia arriba, no se pudo excusar

de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: pareceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho, ¿mas en que lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mía, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios

y otros semejantes pasáron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer: viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuel-

to, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos christiano viejo: cuyo sentimiento enternecló algo á su amo, pero no tanto que

mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas: y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las quales advirtiéron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favorecie-

se, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduviéron quando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horriçon y para ellos espantable ruido, que tan suspenso y medroso toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de bafan que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á Sancho, y vió que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer re-

ventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riyendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir como por modo de figa: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del Cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyéron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las es-

paldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre, ¿pareceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no

diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisieredes. No haya mas, señor mío, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasia; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? á lo ménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Á lo ménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oído de-

cir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas, ó reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dices viniese á ser verdad, y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerias he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia; tuya, en que me estimas en poco; mia, en que no me dexo estimar en mas: si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fué de la ín-

sula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. Pues ¿que dirémos de Gasbal, escudero de Don Galor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos ha de ser mal para el cántaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo ménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho; pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las merce-

des, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por días, como peones de albañir. No creo yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podría suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querría que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra mer-

ced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desá manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS Á NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano diéron en otro como el que habían llevado el día de ántes. De allí á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa

que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apénas le hubo visto quando se volvió á Sancho y le dixo: parece-me, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre; dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche: digo esto porque si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el

sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote, ¿que va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso? dixo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero que hacía nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apártate á una parte y déxame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mío el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he

dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dixo Don Quixote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumplierse el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quixote veía, era esto, que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro, que estaba junto á él, sí; y así el barbero del mayor servía al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traía una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fué la ocasion que á Don Quixote le pareció caballo ru-

cio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos: y quando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dixo: defiendete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dexarse caer del asno abaxo, y no hubo tocado al suelo quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento: dexóse la bacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano habia andado discreto, y que

habia imitado al castor, el qual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el qual tomándole en las manos dixo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaxe, y como no se le hallaba dixo: sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la bacía celada, no pudo tener la risa, mas vino-sele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De que te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes que imagi-

no, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece hacia de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo

brebage que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevaré. Mal christiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábeta que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿que pie sacaste coxo? ¿que costilla quebrada? ¿que cabeza rota, para

que no te se olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué y pasa-tiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes, y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de que calidad fuéron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas: pero dexando esto á parte, dígame vuestra merced que haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aqui desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogió las de villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es

bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dexar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos. síquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona no los hubiera

menester mas: y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, bebiéron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la malencolia, subiéron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volviéron al camino real, y siguiéron por él á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando dixo Sancho á su amo: señor ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que

despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograra. Dila, dixo Don Quixote, y se breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado quan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun Emperador, ó á otro Príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes

fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote; mas ántes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que quando se fuere á la corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodeen, dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia

alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigante Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el Rey de áquel reyno: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus, salgan mis caballeros quantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y el llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, á donde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fer-

mosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras esto luego en continente que ella ponga los ojos en el caballero, y el en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber como ni como no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde allí le llevarán sin duda á algun quarto del palacio ricamente aderezado, donde habiendole quitado las armas le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto: venida la noche cenará con el Rey, Reyna e Infanta, donde nunca quitará los ojos della mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á

deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huesped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy refiida guerra con otro tan poderoso como el, y el caballero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le hace: y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las

rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia: suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la Infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere: prometerse lo ha él con muchos juramentos; tórname á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna y

de la Infanta, diciéndole (habiéndose despedido de los dos) que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vásele á decir á su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes ó no: asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sugeto real y grave: consuélese con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero: pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, conciertase que la pida á su padre por mu-

ger en pago de sus servicios, no se la quiere dar el Rey porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que reyno, porque creo que no debe de estar en el mapa: muere el padre, hereda la Infanta, queda Rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose el Caballero de la triste figura. No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto

he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: solo falta ahora mirar que Rey de los christianos ó de los paganos tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo como se podía hallar que yo sea de linage de Reyces, ó por lo ménos primo segundo de Emperador: porque no me querrá el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devenegar quinientos sueldos: y podría ser que el sabio que escribiese mi historia des-

lindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de Rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo, unos que traen y derivan su descendencia de Príncipes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuviéron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fuéron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destes que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muer-

te ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza; aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos: digolo porque si el señor Rey suegro de vuestra merced no se quiere domeñar á entregarle á mi señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reyno, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el Cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte

por donde mejor lo encaminare. Hágallo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo christiano viejo soy, y para ser Conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde cátañe ahí caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. Y móntas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Ditado has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la misma cofradía. Pues ¿que será quando me ponga un ro-

pon ducal á cuestras, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote, pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos días por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Que hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballero de grande. Pues ¿cómo sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunte que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre

andaba tras dél: respondiéronme que era su caballero, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no viniéron todos juntos ni se inventáron á una, y puedes ser tú el primero Conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey y el hacerme Conde. Así será, respondió Don Quixote; y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII.

DE LA LIBERTAD QUE DIÓ DON QUIXOTE
Á MUCHOS DESDICHADOS QUE MAL DE SU
GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUI-
SIERAN IR.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasáron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que Don Quixote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie: los de á caballo con escopetas de rue-

da, y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido dixo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras. ¿Como gente forzada? preguntó Don Quixote: ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó Don Quixote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de voluntad. Así es, dixo Sancho. Pues desta manera, dixo su amo, aquí encaxa la execucion de mi oficio, desfacer fuerzas y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quixote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informa-

lle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni el tenia mas que saber. Con todo eso, replicó Don Quixote, querria saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dixesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dixo: aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenerlos á sacarlas, ni á leerlas; vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que Don Quixote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por que pecados iba de tan mala guisa. Él

respondió que por enamorado iba de aquella manera. ¿Por eso no mas? replicó Don Quixote: pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los míos fuéron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dexado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas, y acabóse la obra. ¿Que son gurapas? preguntó Don Quixote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era un mozo de hasta edad de veinte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó Don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero

y dixo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues como? repitió Don Quixote ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Sí señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oído decir, dixo Don Quixote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda su vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: señor caballero, cantar en el ansia, se dice entre esta gente *non santa*, confesar en el tormento: á este pecador le diéron tormento y confesó; su delito era ser quaterro, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenáron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas: y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones: por-

que dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delinquente que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas: y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió Don Quixote, el qual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el qual de presto y con mucho desenfado respondió y dixo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veinte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quicn tiene dineros en mitad del golf, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo, porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la pendola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zo-

codover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia y basta. Pasó Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el qual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua y dixo: este hombre honrado va por quatro años á galeras, habiendo pasado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dixo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero decir que este caballero va por alcahuce, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero. Á no haberle añadido esas puntas y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuce limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á manda-

llas y á ser General de ellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesárisimo en la república bien ordenada, y que no le debia exercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y exáminador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja: y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y exercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á ménos, pagecillos y truhanes de pocos años y de poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que importe, se les hie-lan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha: quisiera pasar adelante, y dar las razones por que convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio; pero no es el lugar acomodado para ello, algun día lo

diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fátiga por alcahuete, me la ha quitado el ad-junto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrio, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dixo el buen viejo, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me

aprovechó nada este buen deseo para dexar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me dexa reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de á quatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante Don Quixote, y preguntó á otro su delito, el qual respondió con no ménos, sino con mucha mas gallardía que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caba-

llero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrémos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dixo una de las guardas que era muy grande hablador, y muy gentil latino. Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro: un poco venía diferentemente atado que los demas, porque traía una cadena al pie tan grande que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda amigo, ó pie de amigo, de la qual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los quales se asian dos espocas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni po-

día baxar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quixote que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas, sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con ménos tono,

replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dixo la guarda. Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y dexa empeñado el libro en la cárcel en docientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para

Lazarillo de Tórnes, y para todos quantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé es que trata verdades, y que sôn verdades fan lindas y tan donosas que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó Don Quixote. La vida de Gines de Pasamonte, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó Don Quixote. ¿Como puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dixo Don Quixote. Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya sé á que sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas

para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareccs, dixo Don Quixote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dixo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le diéron esa vara para que maltratase á los pobres que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su Magestad manda: si no por vida de.... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien, y hable mejor y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua, y volvién-

dose á todo los de la cadena dixo: de todo quanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo qual se me representa á mi ahora en la memoria de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se pue-

de hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dexaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: quanto mas, señores guardadas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros, y quando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donayre con que ha salido á cabo de rato; los forzados del Rey quiere que le de-

xemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó el la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecése ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió Don Quixote: y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quixote que con mucho sosiego los aguardaba: y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera que las guardas, ya por

acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quixote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido le quitó la espada y la escopeta, con la qual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciése mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la qual á campana herida saldria á buscar los delinquentes, y así se lo dixo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dixo Don Quixote; pero yo sé lo que ahora conviene que se

haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dixo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitude: dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recibido, en pago del qual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su Caballero el de la triste figura se le envía á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Gines de Pasamonte y dixo: lo que vuestra merced nos

manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, y procurando meterse en las entrañas de la tierra por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de ave marías y credos, que nosotros dirémos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dixo Don Quixote (ya puesto en cólera), don hijo de

la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamáis, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad), viendose tratar mal y de aquella manera hizo del ojo á los compañeros, y apartándose á parte comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quixote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre enámbos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quixote que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo: y apenas hubo caido quando fué sobre el estudiante, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó quatro gol-

pes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar si las grevas no lo estorbaran. Á Sancho le quitáron el gaban, y dexándole en pelota repartiendo entre sí los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedáron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quixote, el jumento cabizbaxo y pensativo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oidos: Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada: Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad: Don Quixote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII.

DE LO QUE LE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIXOTE EN SIERRA MORENA, QUE FUÉ UNA DE LAS MAS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA HISTORIA SE CUENTAN.

Viéndose tan mal parado Don Quixote dixo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dixiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará otro mayor, porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por quantos caballeros andantes hay

dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dixo Don Quixote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mentirás en ello, y desde ahora para entónces, y desde entónces para ahora te desmiento, y digo que mientes, y mentirás todas las veces que lo pienses ó lo dixeres, y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los sic-

te Mancebos, y á Castor y á Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura quando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un día, y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entráron por una parte de sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso, ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la Hermandad los buscasse. Animóle á esto haber visto que de

la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que lleváron y buscáron los galeotes. Aquella noche llegáron á la mitad de las entrañas de sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo ménos todos aquellos que durase el matatage que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbré de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se habia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á Don Quixote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y

á punto que los dexó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y ántes que amaneciese se halló bien léjos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Panza porque halló ménos su rucio, el qual viéndose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quixote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba ca-

da dia, mediaba yo mi despensa. Don Quixote que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dexado en ella. Consolóse Sancho con esto y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quixote la merced que le hacia, el qual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíanse á la memoria los maravillosos acacimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y transportado en ellas que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo car-

gado con todo aquello que habia de cargar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza: y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caído en el suelo, por lo qual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese ménester, y quando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un coxin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandó-le su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienzo no ménos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de es-

cudos de oro, y así como los vió dixo: bendito sea todo el Cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho, y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió Don Quixote, y mandó-le que guardase el dinero y lo tomase para él. Besó-le las manos Sancho por la merced, y desbaljando á la balija de su lencería la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por Don Quixote dixo: pareceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le truxeron á enterar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dexaran aquí este dinero. Verdad dices, dixo Don Quixote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate verémos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que de-

seamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasion que me condena
Al género mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento
Que nada ignora, y es razon muy buena
Que un Dios no sea cruel: pues ¿quien
ordena

El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del Cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo mas
cierto,

Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no és que por ese

hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Que hilo está aquí? dixo Don Quixote. Paréceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dixe sino Fili, respondió Don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto, y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió Don Quixote, y veráslo quando lleves una carta escrita en verso de arriba abaxo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, ó gracias, por mejor decir, son anexas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la ho-

ja Don Quixote y dixo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dixo Don Quixote; y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

„Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde ántes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas. Desecháste me ¡ó ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras angel, y por ellas conozco que eres muger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, por-

que tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no deseo.”

Acabando de leer la carta, dixo Don Quixote: menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdefiado amante: y hojeando casi todo el librito halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta sin dexar rincón en toda ella ni en el coxín que no buscasse, escudriñase e inquiriese, ni costura que no desbiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje,

las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el Caballero de la triste figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debía de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con es-

te pensamiento vió que por cima de una montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrian las carnes: traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la triste figura: y aunque lo procuró no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó Don Quixote que aquel era el dueño del coxín y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandó á Sancho que se apease del

asno, y atajase por la una parte de la montaña, que el iria por la otra y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habla quitado de delante. No podre hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil generos de sobresaltos y visiones: y sirvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dixo el de la Triste figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el qual no te ha de faltar aunque te falte el ánimo del cuerpo: vente ahora tras mí poco á poco, ó como pudierdes, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta screzuela, quizá toparemos aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió: harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que

lo tengo de restituir, y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via ménos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entónces el Rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió Don Quixote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volverse los: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado parte de la montaña hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía

era el dueño de la mula y del coxin. Estándola mirando oyéron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Díóle voces Don Quixote, y rogóle que baxase donde estaban. Él respondió á gritos que quien les habia traído por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que baxase, que de todo le darían buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde Don Quixote estaba dixo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí su dueño? No hemos topado á nadie, respondió Don Quixote, sino á un coxin y á una maletilla que no léjos deste lugar hallamos. También la hallé yo, res-

pondió el cabrero, mas nunca la quise alzar, ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debaxo de los pies se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dexé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decídme, buen hombre, dixo Don Quixote, ¿sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dixo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas á menos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y aposura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta, y con el mismo coxin y maleta que decís que hallásteis y no tocásteis: preguntónos que qual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dixímosle que era esta donde aho-

ra estámos, y es asi la verdad, porque si entrals media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dexándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra: y desde entónces nunca mas le vímos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á el y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó quanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supímos algunos cabreros, le anduvímos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallámos metido en el hueco de

un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos diéron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dixese quien era, mas nunca lo pudímos acabar con él: pedímosle tambien que quando hubiese menester el sustento, sin el qual no podia pasar, nos dixese donde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo ménos saliese á pedirlo, y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí

adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En quanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dixo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche: y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y qual le veíamos entónces, porque como tengo dicho era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus cortesés y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en que había de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo, porque por lo que hacia

de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos, apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le había sobrevenido: mas el nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traydor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y el sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por en-

tre estos xarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturámos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo qual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza, porque quando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado no lo admite, sino que lo toma á puñadas, y quando está en su seso lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinámos yo y quatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya

por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabrémos quien es, quando esté en su seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré decir de lo que me habeis preguntado, y entended que el dueño de las prendas que hallástes es el mismo que vistas pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho Don Quixote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra), el qual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón ni cueva en élla que no mirase hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban, el mancebo

que buscaba, el qual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca quanto mas de léjos. Su traje era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vió Don Quixote que un colete hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debía de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quixote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donayre, le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luenagos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar el Roto de la mala figura, como á Don Quixote el de la Triste, despues de haberse dexado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quixote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos ad-

mirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dixo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV.

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DE
LA SIERRA MORENA.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que Don Quixote escuchaba al astroso Caballero de la sierra, el qual prosiguiendo su plática dixo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á

las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió Don Quixote, son de serviros, tanto que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener se podía hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible, y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba áyudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues

morais entre ellos tan ageno de vos mismo qual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió Don Quixote, por la órden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, hora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, hora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido. El Caballero del bosque, que de tal manera oyó hablar al de la triste figura, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abaxo, y despues que le hubo bien mirado le dixo: si tienen algo que darne á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como

persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al gtro, pues ántes los engullía que tragaba, y en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dixo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrompereis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto truxéron á la memoria á Don Quixote el cuento que le habia contado su escudero, quando no acertó el número de las

cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras ménos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dexare por contar cosa alguna que sea de importancia para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quixote se lo prometió en nombre de los demas, y el con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del Cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria

que yo acertara á desearme, tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo; pero de mas ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello porque bien veían que quando pasaran adelante no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas: creció la edad, y con ella el amor de entrámbos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fue esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas no le pudieron poner á las plumas, las qua-

les con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y quantos billetes la escribí! ¡quan regaladas y honestas respuestas tuve! ¡quantas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias y recreaba su voluntad! En efeto, viéndome apurado y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas; pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de

justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda muger para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia y que mi padre vendría en ello como yo se lo dixese, y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba, y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano, la qual ántes que yo le dixese palabra me la dió, y me dixo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros señores, debeis de saber, es un Grande de España que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la qual venia tan encarecida que á mí mismo me pareció mal si mi padre dexaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese

compañero, no criado de su hijo el mayer, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas quando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque, y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díxele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaba, fui dél tan bien recibido y tratado que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Du-

que daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el qual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me queria y trataba. Es pues el caso que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comuniquen, y la privanza que yo tenia con Don Fernando dexaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en qual de estas cosas tuviese mas excelencia ni mas se aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora re-

duxéron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al Duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como astuto y discreto se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia, y así por divertirme y engañarme me dixo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al Du-

que, que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apénas le oí yo decir esto quando movido de mi afición, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobará yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efeto la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos, y quando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria quando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por último fin el deleyte, en llegando á al-

canzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el qual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacáron sus deseos y se resfriáron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de véras procuraba irse por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornáron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donayre y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas moviéron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta

suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entónces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura, y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al Cielo á solas descubría) quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dixo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veía con quan justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer y con razon á rezelarme dél, porque no se pasaba mo-

mento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la truxese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé que de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba y los que ella me respondia, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No hubo bien oído Don Quixote nombrar libro de caballerías quando dixo: con que me dixera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exágeracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos,

señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo, y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Darayda y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donayre, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta, y no dura mas en hacerse la enmienda de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ningun-

no, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores: y perdonéme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballeras y de caballeros andantes, así es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la luna: así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que Don Quixote estaba diciendo lo que queda dicho sé le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dixo Don Quixote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dixo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del

maestro Elisabat estaba amancebado con la Reyna Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quixote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la Reyna Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta Princesa se habia de amancebar con un sacapotras, y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco: y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como mas gusto le diere. Estávale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya habia venido el accidente de su locura y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quixote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros. Digo pues que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó

tratar de mentis y de bellaco con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quixote que le hizo caer de espaldas. Sañcho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero que le quiso defender corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dexó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que

si él no lo había oído que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas que si Don Quixote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero: déxeme vuestra merced, señor Caballero de la triste figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dixo Don Quixote, pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quixote volvió á preguntar al cabrero si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dixo el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos no dexaría de hallarle, ó cuerdo ó loco.

CAPÍTULO XXV.

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MÓRENA SUCEDIÉRON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACION QUE HIZO Á LA PENITENCIA DE BELTENÉBROS.

Despidióse del cabrero Don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el qual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio le dixo: señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger y á mis hijos, con los quales por lo ménos hablaré y departiré todo lo que quisie-

re, porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera ménos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quixote, tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en quanto anduviéremos por éstas sierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo ahora, que des-

pues Dios sabe lo que será, y comenzando á gozar de ese salvo conducto digo: ¿que que le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? ¿ó que hacia al caso que aquel Abad fuese su amigo, ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. Á fe, Sancho, respondió Don Quixote, que si tú supieras, como yo lo sé, quan honrada y quan principal señora era la Reyna Madasima, yo se que dixeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron: porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una Reyna esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat que el loco dixo fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reyna; pero pensar que

ella era su amiga es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir que quando lo dixo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dixo Sancho, que no había para que hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda: pues montas, que no se librara Cardenio por loco. — Contra cuerdos y contra locos está obligado qualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres qualesquiera que sean, quanto mas por las Reynas de tan alta guisa y pro como fué la Reyna Madasima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes, porque fuera de haber sido hermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le

fué y le fuéron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba, y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dixeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fuéron amancebados, ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: quanto mas que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: mas que lo fuesen ¿que me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quien puede poner puertas al campo? quanto mas que de Dios dixéron. Válame Dios, dixo Don Quixote, y que de necesidades vas, Sancho, ensartando. ¿Que va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles,

y de aquí adelante entremétete en es-
polear á tu asno, y dexa de hacello en
lo que no te importa: y entiende con
todos cinco sentidos que todo quanto yo
he hecho, hago é hiciere, va muy pue-
sto en razon y muy conforme á las re-
glas de caballería, que las sé mejor que
quantos caballeros las profesáron en el
mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es
buena regla de caballería que andemos
perdidos por estas montañas sin senda
ni camino buscando á un loco, el qual
despues de hallado, quizá le vendrá en
voluntad de acabar lo que dexó comen-
zado, no de su cuento, sino de la ca-
beza de vuestra merced y de mis cos-
tillas, acabádonoslas de romper de to-
do punto? Calla, te digo otra vez, San-
cho, dixo Don Quixote, porque te ha-
go saber que no solo me trae por estas
partes el deseo de hallar al loco, quan-
to el que tengo de hacer en ellas una
hazaña con que he de ganar perpetuo
nombre y fama en todo lo descubierto
de la tierra: y será tal que he de echar

con ella el sello á todo aquello que pue-
de hacer perfeto y famoso á un andante
caballero. ¿Y es de muy gran peligro
esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No,
respondió el de la Triste figura; puesto
que de tal manera podía acorrer el da-
do, que echásemos azar en lugar de en-
cuentro: pero todo ha de estar en tu di-
ligencia. ¿En mi diligencia? dixo San-
cho. Sí, dixo Don Quixote, porque si
vuelves presto de adonde pienso enviar-
te, presto se acabará mi pena, y pres-
to comenzará mi gloria: y porque no
es bien que te tenga mas suspenso espe-
rando en lo que han de parar mis ra-
zones, quiero, Sancho, que sepas que
el famoso Amadis de Gaula fué uno de
los mas perfetos caballeros andantes. No
he dicho bien fué uno: fué el solo, el
primero, el único, el señor de todos
quantos hubo en su tiempo en el mun-
do. Mal año y mal mes para Don Be-
llianis, y para todos aquellos que dixen
que se le igualó en algo, porque se
engañan juro cierto. Digo asimismo que

quando algun pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas officios ó exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas: y así lo ha de hacer y hace el que quiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulíses, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Enéas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido Capitan, no pintándolos ni descubriéndolos como ellos fuéron, sino como habian de ser para dexar exemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debaxo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo,

que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fué quando se retiró, desdefiado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenébro, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: así que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar exércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no hay para que se dexen pasar la ocasion que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho, ¿que es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió Don Quixote, que quiero imitar á Amadis haciendo aquí del

desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan quando halló en una fuente las señales de que Angelica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura: y puesto que yo no pienso imitar á Roldan, ó Orlando, ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia), parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales, y podrá ser que viniése á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dixo Sancho, que los caballeros que lo tal ficiéron, fueron provocados y tuyéron causa para

hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿que causa tiene para volverse loco? ¿que dama le ha desafiado? ¿ó que señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con moro ó christiano? Ahí está el punto, respondió Don Quixote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto que hiciera en mojado; quanto mas que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oíste decir á aquel pastor de márras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que dexe tan rara, tan felice y tan no vista imitacion: loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á

mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sanchez y mi penitencia, y si fuere al contrario seré loco de véras, y siéndolo no sentiré nada: así que de qualquiera manera que responda saldré del conffito y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres, por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo quando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. Á lo qual respondió Sancho: vive Dios, señor Caballero de la triste figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo quanto me dice de caballerias, y de alcanzar reynos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y men-

tira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamaremos, porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro días, ¿que ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denántes juraste te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿que es posible que en quanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan,

y las vuelven segun su gusto y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos, y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa: y fué rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dexó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera que nunca él le dexara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que ántes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como quando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado esta-

ba sola entre otras muchas que la rodeaban: corría por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: había por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la triste figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó Cielos, que diputo y escojo para llorar la desyentura en que vosotros mismos me habeis puesto: este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destes montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. Ó vosotros quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien

una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Ó vosotras napeas y dríadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo ménos no os canseis de oílla. Ó Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el Cielo te la dé buena en quanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. Ó solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia.

Ó tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello: y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dixo: libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras quan desdichado por tu suerte: vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho dixo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza: pero si él aquí estuviera no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no habia para que, que á el no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo,

que era yo quando Dios quería: y en verdad, señor Caballero de la triste figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie no sé quando llegare ni quando volvere, porque en resolucion soy mal caminante. Digo Sancho, respondió Don Quixote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. Pues ¿que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió Don Quixote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da esas calabazadas, que á tal peña po-

drá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia: y seria yo de parecer que ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déxeme á mi el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió Don Quixote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas sino muy de veras, porque de otra manera seria contravenir á las órdenes de caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lle-

ven nada del sofisticado ni del fantástico: y será necesario que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Mas fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdiéron en él las hilas y todo, y ruégole á vuestra merced que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oírle mentar se me revuelve el alma, no y quanto mas el estómago: y mas le ruego que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora, y escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dixo Don Quixote, mejor hicieras de llamarle infierno y aun peor, si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla es retentio* segun he oído decir. No entiendo

que quiere decir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél ni puede, lo qual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los ayres como brujo, y sacaré á vuestra merced deste purgatorio que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la Triste figura: ¿pero que harémos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, aña-

dió Sancho. Todo irá inserto, dixo Don Quixote; y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aun mas que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada que no la entenderá Satanas. Pues ¿que se ha de hacer de la firma? dixo Sancho. Nunca las cartas de Amadis se firman, respondió Don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa sí se traslada dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá

en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla, y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma: vuestro hasta la muerte el Caballero de la triste figura. Y hará poco al caso que vaya de mano agena, porque á lo que yo me sé acordar Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro veces, y aun podrá ser que destas quatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonza Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del To-

boso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dixo Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el mas forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á qualquier caballero andante, ó por andar, que la tuviere por señora. ¡Ó hi de puta, que rejo que tiene, y que voz! sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyéron como si estuvieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donayre. Ahora digo, señor Caballero de la triste figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino

que con justo titulo puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: y querría ya verme en camino solo por vella, que há muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo al sol y al ayre: y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quixote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna Princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿que se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo á la seño-

ra Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envia y ha de enviar? porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riyese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho ántes de ahora muchas veces, Sancho, dixo Don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; mas para que veas quan necio eres tú, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas un breve cuento. Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo mottion, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor, y un día dixo á la buena viuda, por via de fraternal reprehension: maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya ena-

morado de un hombre tan soez, tan baxo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos tedologos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aques-te no quiero; mas ella le respondió con mucho donayre y desenvoltura: vuestra merced, señor mio, está muy en-gañado, y piensa muy á lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero tanta filosofía sabe y mas que Aristóteles: así que, Sancho, por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra: sí que no todos los poetas que alaban damas debaxo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Pien-sas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están lle-

nos, fuéron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las ceiebran y celebráron? no por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sugeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo, y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linage importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta Princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar mas que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintola en mi imaginacion como la deseo, así en la belleza como en la

principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina: y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado; pero venga la carta, y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria Don Quixote, y apartándose á una parte con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dixo, que se la queria leer porque la tomase de memoria si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. Á lo qual respondió Sancho: escribala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado: porque pensar que yo la he de to-

mar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela, que me holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde. Escucha, que así dice, dixo Don Quixote.

CARTA DE DON QUIXOTE Á DULCINEA
DEL TOBOSO.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA.

„El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afinamiento, magüer que yo sea azaz de sufrido mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu

causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte

El Caballero de la triste figura.”

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pesia á mi, y como que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma el Caballero de la triste figura. Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad porque la conozcan en viendola. Que me place, dixo Don Quixote; y habiendola escrito se la leyó, que decia así:

„Mandaré vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y estan á cargo de vuestra merced: los quales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de sierra Morena á veinte y siete de Agosto deste presente año.”

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos fuera bastante. Yo me confío de vuestra merced, respondió Sancho: dexeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese vuestra merced á echarme su bendición, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera mas. Por lo ménos quiero, Sancho, y porque es menes-

ter así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en ménos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir, y asegúrote que no dirás tú tantas quantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento, quanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respues-

ta del estómago á coces y á bofetones: porque ¿donde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin que ni para que por una?... No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despatrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonito soy yo para eso, mal me conoce, pues á fe que si me conociese que me ayunase. Á fe Sancho, dixo Don Quixote, que á lo que parece, que no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colerico; pero dexando esto aparte, ¿que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te de pena ese cuidado, respondió Don Quixote, porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran, que la firmeza de mi negocio está en no comer, y en hacer otras asperezas. Á esto dixo Sancho: ¿sabe vuestra merced que temo?

que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dexo segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos, dixo Don Quixote, y aun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro quando vuelvas, quanto mas que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las quales te servirán de mojonos y señales para que me halles quando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrámbos se despidió dél: y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quixote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo

había aconsejado: y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quixote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos quando volvió y dixo: digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. ¿No te lo decía yo? dixo Don Quixote; esperate, Sancho, que en un credo las hare: y desnudándose con toda priesa los calzones quedó en carnes y en pafiales, y luego sin mas ni mas dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez volvió Sancho la ricnda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco: y así le dexaremos ir su camino hasta la vuelta, que fue breve.

CAPÍTULO XXVI.

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS QUE
DE ENAMORADO HIZO DON QUIXOTE
EN SIERRA MORENA.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste figura despues que se vió solo, dice la historia que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era que qual sería mejor y le estaria mas á cuento, imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadis en las malencólicas, y hablando entre sí mismo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin

era encantado, y no le podia matar nadie sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y el traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valiéron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió y le ahogó entre los brazos en Roncesvalles; pero dexando en el lo de la valentia á una parte vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente, y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica habia dormido mas de dos siestas con Medoro, un morrillo de cabellos enrizados y page de Agramante: y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo ¿como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como el es en su mismo traje, y que se está hoy como la madre

que la parió: y hariale agravio manifesto si imaginando otra cosa della me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que se retiró á la Peña pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el Cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, ¿para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara de estos arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la

Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas: y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros: mas ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y sirvieronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanzá de Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer, despues que á el allí le halláron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Árboles, yerbas y plantas,
que en aqueste sitio estais
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgais,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque mas terrible sea;
pues por pagaros escote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amator mas leal
de su señora se esconde,
y ha venido á tanto mal,
sin saber como, ó por donde.

Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralca:
y así hasta henchir un pipote,
aquí lloró Don Quixote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,

que entre riscos y entre breñas
 halla el triste desventuras.
 Hirióle amor con su azote,
 no con su blanda correa,
 y en tocándole el cogote,
 aquí lloró Don Quixote
 ausencias de Dulcinea
 del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea no decía tambien el Toboso no se podría entender la copla: y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho no se pudieron sacar en limpio ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas verbas con que sustentarse en tanto que

Sancho volvía: que si como tardó tres dias tardara tres semanas, el Caballero de la triste figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería: y fué que en saliendo al camino real se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraria ó no, y estando en esto salieron de la venta dos personas que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: dígame, señor Licenciado, ¿aqueel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el ama

de nuestro aventurero que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dixo el Licenciado, y aquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conocieronle tan bien como aquellos que eran el Cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los quales así como acabáron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quixote, se fueron á el, y el Cura le llamó por su nombre diciendole: amigo Sancho Panza, ¿adonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba: y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de

su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morrena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedáron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidieron á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo qual

dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librito, pero no le halló, ni le podia hallar si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirsele. Quando Sancho vió que no hallaba el libro fuélele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el barbero le dixéron, que que le habia sucedido que tan mal se paraba. Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Como es eso? replicó el

barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de quatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y díxole que en hallando á su señor él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memoria jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo que como aquello fuese así que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar donde y quando quisiesen. Decílda Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladarémos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y

al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decía: Alta y sobajada señora. No dirá, dixo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguía, si mal no me acuerdo, el llagado y falto de sueño, y el fèrido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa: y no sé que decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: vuestro hasta la muerte el Caballero de la triste figura. No poco gustáron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronse la mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo.

Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimismo las cosas de su amo, pero no habló palabra acerca del manteamiento que le había sucedido en aquella venta, en la qual rehusaba entrar: dixo tambien como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo le había de casar á él, porque ya seria viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería. Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admirá-

ron de nuevo, considerando quan vehementemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les sería de mas gusto oír sus necedades: y así le dixéron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decia, ó por lo menos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querría yo saber ahora que suelen dar los Arzobispos andantes á sus escuderos. Súenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristania que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar que se suele es-

timar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo que soy casado y no sé la primera letra del A B C: ¿que será de mí si á mi amo le da antojo de ser Arzobispo y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengáis pena, Sancho amigo, dixo el barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva, y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de

bacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaba allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote y para lo que ellos querian, y fué que dixo al barbero que lo que habia pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde Don Qui-

xote estaba, fingiendo ser ella una doncella afigida y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dexarsele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella, donde ella le llevase, á desfácelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimismo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

DE COMO SALIERON CON SU INTENCION
EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS CO-
SAS DIGNAS DE QUE SE CUENTEN EN
ESTA GRANDE HISTORIA.

No le pareció mal al barbero la intención del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidieronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenía colgado el peyne. Preguntóles la ventera que para que le pedían aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayéron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del mantenido escudero, y contáron al Cura to-

do lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no habia mas que ver: púsole una saya de paño llena de faxas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo subió en su mula á mugeriégas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey

barroso. Despidieronse de todos y de la buena de Maritórnes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan christiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta quando le vino al Cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello: y diciendoselo al barbero le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que el haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y que si no lo queria hacer determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que ha-

bia de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguiéron su camino guiándolos Sancho Panza, el qual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro día llegaron al lugar donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dexado á su señor, y en reconociéndole les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian di-

cho ántes que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dixese á su amo quien ellos eran ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser Emperador ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuese Emperador y no Arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer

mercedes á sus escuderos mas podian los Emperadores que los Arzobispos andantes: tambien les dixo que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determináron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el día que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacía al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra llegó á sus oídos

una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas quando advirtiéron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyéron estos:

¿Quien menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quien aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quien prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quien me causa este dolor?

Amor.

¿Y quien mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quien consiente mi duelo?

El Cielo.

De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el Cielo.

¿Quien mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿quien le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿quien los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura
querer curar la pasion,
quando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz
y la destreza del que cantaba causó admiracion y contento en los dos oyentes.

los cuales se estuviéron quedos esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determináron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efeto hizo la misma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo á sus oídos cantando este soneto:

SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre á las impireas salas.

Desde allá quando quieres nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,
Por quien á veces se trasluce el zelo
De buenas obras, que á la fin son malas.

Dexa el cielo, ó amistad, ó no permitas
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye á la intencion sincera:
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volviéron á esperar si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes acordáron de saber quien era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduviéron mucho quando al volver de una punta de una peña viéron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera quando de improviso llegóron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido), se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dexase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha ma-

yor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viéndolo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto, y mas quando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el Cura le dixo así lo diéron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seais, que el Cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envía en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniendome delante de los ojos con vivas y varias razones quan sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hom-

bre de flacos discursos, y aun lo que peor sería por de ningun juicio, y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, faltar de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas á quantos oirla quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa no se maravillarán de los efectos, y si no me dieran remedio, á lo ménos no me darán culpa, convirtiendoseles el enojo de mi descovoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la misma intencion que otros han venido, án-

tes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorraréis del trabajo que tomareis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogáron se la contase, ofreciendole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á Don Quixote y al cabrero pocos dias atras, quando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballería se quedó el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin: y así llegando al paso del billete que habia hallado Don Fernando entre

el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO.

„Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime, y así, si quisieredes sacarme desta deuda sin executarme en la honra, lo podreis muy bien hacer: padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimáis como decís y como yo creo.”

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Dixe yo á Don Fernando en lo que re-

paraba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para enoblecier qualquier otro linage de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dixee que no me aventuraba á decirselo á mi padre, así por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban sin saber quales eran, sino que me parecia que lo que yo desease jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió Don Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Ó Mario ambicioso! ¡ó Catalina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traydor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Júdas codicioso! Traydor, cruel, vengativo y embustero,

¿que deservicios te habia hecho este triste que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazon? ¿que ofensa te hice? ¿que palabras te dixee, ó que consejos te dí que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de que me queje, desventurado de mí? pues es cosa cierta que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxo despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda. ¡Quien pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcánzar lo que el deseo amoroso le pidiese donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues que pa-

reciéndole á Don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y solo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude prevenir esta traycion? ¿pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixe lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades que tardase mi pa-

dre de hablar al suyo. No sé que se fué que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el Cielo por señora: exágeraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio alabando en mí lo que como enamorada le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi

boca segun daba lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fue y me dexó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imagiuaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando; fui bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabidu-

ría; y todo fue invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los quatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso y con sobresalto creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntele al hombre ántes de leerla quien se la habia dado, y el tiempo que habia tardado en el camino: dixome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le

llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois christiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traygo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixe que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérsola, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella

hermosa señora determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dársola, y en diez y seis horas que ha que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efeto abrí la carta, y vi que contenía estas razones.

„La palabra que Don Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas que solo han de ser testigos los Cielos y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo, y si os quiero bien ó

no el suceso deste negocio os lo dará á entender. Á Dios plega que esta llegue á vuestras manos ántes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.»

Estas en suma fuéron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros diñeros: que bien claro conocí entónces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro día me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena que hallé á

Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quien hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mutable de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues que así como Luscinda me vió me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras,

que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hacia. ¡Quien pu-

diera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon miéntras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurriéron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspensio[n] y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo

qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡Ó memoria enemiga mortal de mi descanso, de que sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entónces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio procure, ya que no la venganza, á lo menos perder la vida? No os conseis, señores, de oír estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. Á esto le respondió el Cura que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales que merecian no pasarse en silencio, y la mis-

ma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el Cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir ¿quereis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente por vuestro legitimo esposo como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Ó quien se atreviera á salir entónces diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro. Advierte que el decir tú, sí, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Que quieres? ¿que pretendes? Considera que no pue-

des christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entónces cobarde y necio no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oygo que dixo con voz desmayada y fïaca sí quiero: y lo mismo dixo Don Fernando, y dándole el anillo quedáron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y clla poniéndose la mano sobre el corazon cayó desmayada en los brazos de su ma-

dre. Resta ahora decir qual quedé yo viendo en el sí que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardía de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el ayre se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de

casa me aventuré á salir, hora fuese visto ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado: y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera, fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian, y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo salí de aquella casa y vine á la de aquel donde habia dexado la mula: hice que me la ensillase; sin

despedirme dél subí en ella y salí de la ciudad sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan

principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que puesto que ella dixera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecerseles Don Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con

estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno hasta que vine á parar á unos prados que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no se que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediáron, porque

principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo que puesto que ella dixera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion que no la disculparan, pues ántes de ofrecérseles Don Fernando no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le habia dado la mia, que yo viniera y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con

estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno hasta que vine á parar á unos prados que no se á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacía donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hacía esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aqui la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi muerta, ó lo que yo mas creo por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no se que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque

ellos me dixeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendole tantos disparates y desatinos que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entónces que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido que apenas puedo moverme: mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que á caso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da

á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida hasta que el Cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traycion de Luscinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: ¿decidme, si es tal que pueda celebrarse con ménos sentimientos

que los que en mí habeis visto? y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere: yo no quiero salud sin Luscin-da; y pues ella gusta de ser agena, siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y es mas causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razo-

nes de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyéron que decia lo que se dirá en la quarta parte desta narracion, que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA QUE AL CURA Y BARBERO SUCEDIÓ EN LA MISMA SIERRA.

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuen-

tos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la qual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al Cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyéron y percibiéron el Cura y los

que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian se levantáron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudiéron ver por entónces: y ellos llegaron con tanto silencio que del no fuéron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes como mostraba el hábito de su dueño; y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detras de unos pe-

dazos de peña que allí había: así lo hicieron todos mirando con atención lo que el mozo hacía, el qual traía puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toballa blanca: traía ansimismo unos calzones y polayñas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenía las polayñas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecía: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debaxo de la montera se los limpió, y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: esta ya que no es Luscinda no es persona humana sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era

muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo qual en mas admiración y en mas deseo de saber quien era ponía á los tres que la miraban. Por esto determináron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos miró los que el ruido hacían: y apenas los hubo visto

quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras dió consigo en el suelo: lo qual visto por los tres salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dixo: deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. Á todo esto ella no respondía palabra atónita y confusa. Llegáron pues á ella, y asiendola por la mano el Cura prosiguió diciendo: lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno y traidola á tanta

soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo ménos para darles consajo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consajo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mía, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones estaba la disfrazada moza como embelesada mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mismo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dixo: pues que la soledad des-

tas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese sería mas por cortesía que por otra razón alguna: presupuesto esto digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el qual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar al par de la compasión la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiendome ya conocido por muger, y viendome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito, os habre de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que

tan hermosa muger parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discreción que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos rugos para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos que si los bienes de su naturaleza

igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuviéron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, christianos viejos ranciosos, pero tan rancios que su riqueza y magnifico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regaláron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez y el sugeto á quien en-

caminaban, midiendolos con el Cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los míos no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano: los molinos de aceyte, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solitud mia y con tanto gusto suyo que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del día me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayores ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo

estos ejercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies, con todo esto, los del

amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba quando á Cardenio se le mudó la color del rostro y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el barbero que miráron en ello temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: y no me hubieron bien visto quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores quanto lo diéron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quie-

ro pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dexaban dormir á nadie las músicas, los billetes que sin saber como á mis manos venian eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo qual no solo no me ablandaba, pero me endurecía de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia las hacia para el efeto contrario: nó porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasia sus solicitudes, porque me daba un no sé que de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus pa-peles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me pa-

rece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponía mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dexaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaría de ver que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que el se dexase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro lugar como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad

que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debiéron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debía, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decíroslo. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servía, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar como, en

medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos y me enmudeció la lengua: y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traydor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobre, sola entre los míos, mal exercitada en casos semejantes, comencé no sé en que modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero torné algun tanto á cobrar mis perdidos

espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dixé: si como estoy, señor, en tus brazos estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dixerá cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dexar de haber sido lo que fué: así que si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonorar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he di-

cho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellissima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los Cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interrromper el cuento por ver en que venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que ¿Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mis-

mo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabía se la dixese luego, porque si algo le había dexado bueno la fortuna era el ánimo que tenía para sufrir qualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podía llegar que el que tenía acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué que tomando Don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacisimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi

marido, puesto que ántes que acabase de decir las le dixese que mirase bien lo que hacía, y que considerase el enojo que su padre había de recibir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me quería hacer por el amor que me tenía fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podía, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dixese, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dexase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dixese á mi misma: sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni se-

rá Don Fernando el primero á quien hermosa, ó ciega afición, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago ni mundo ni uso nuevo bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios sere su esposa: y si quiero con desdenes despedille en término le veo, que no usando el que debe usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonorada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere quan sin ella he venido á este punto: porque ¿que razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza, y á inclinarme á lo que fue sin yo pensarlo mi perdición, los juramentos de Don Fer-

nando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazón como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del Cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos Santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traydor y fementido. El día que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le al-

canzaron. Digo esto porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino, me dixo que estuviese segura de su fe y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto el se fué, y yo quede ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traycion cometida de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Dixele al partir á Don Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él qui-

siese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en mas de un mes que en vano me cansé en solicitalle, puesto que supe que estaba en la villa y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien se yo que para mí fueron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion a que mis padres me preguntasen que de que andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á pla-

za mis secretos pensamientos: y esto fué porqué de allí á pocos dias se dixo en el lugar como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo y de muy principales padrés, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: dixose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dexó Dorothea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traycion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces con pensar de poner

aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él, despues que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer se ofreció á tenerme compañía, como él dixo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traydora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á Don Fernando me dixese con que alma lo habia hecho. Lle-

gué en dos días y medio donde quería, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oír: dixome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad que se hacen corrillos para contarla por toda ella: dixome que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el ayre le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de Don Fernando porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el sí á Don Fernando fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo que conte-

nia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habia quitado la vida: todo lo qual dicen que confirmó una daga que le halláron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le halláron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se halláron presentes no se lo estorbaran. Dixéron mas, que luego se ausentó Don Fernando y que Luscinda no habia vuelto de su paraisimo hasta otro día, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo qual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado dexándole primero escrita una

carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde, gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad; y todos hablaban dello, y mas hablaron quando supieron que Luscinda habia faltado de casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el Cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era christiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo fingiendo unas

esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber que hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traia, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma por ver quan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sugeto tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entrámos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra

mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecían, y con poca vergüenza y menos temor de Dios ni respeto mio me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dexó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo Cielo, que pocas ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dexé, ni sé si muerto ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro disignio que esconderme en ellas, y huir de mi pa-

dre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en el el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente dexalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con el mis fuerzas ó mis desculpas. Digo pues que me torne á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno

pudiese con suspiros y lágrimas rogar al Cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO
Y ÓRDEN QUE SE TUVO EN SACAR Á
NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE
LA ASPERÍSIMA PENITENCIA EN QUE
SE HABIA PUESTO.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchásteis, las palabras que oísteis, y las lágrimas que de mis ojos salían, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia vereis que será en vano el con-

suelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debeis hacer) que me aconsejeis donde podré pasar la vida sin que me acabe el temor y sobresaito que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las sruyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo: en

fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Cleonardo? Admirada quedó Dorotea quando oyó el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dixo: ¿y quien sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais me ha traído á que me veais qual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo falto de juicio, pues no le tengo sino quando al Cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernan-

do, y el que aguardó á oír el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y vineme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podría ser que á entrámbos nos tuviese el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia,

ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar que el Cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imàginaciones, suplicoos, señora, que toméis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándolos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desamparos hasta veros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desañalle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al Cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de ad-

mirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos quiso tomarle los pies para besárselos; mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrámbos y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero que á todo habia estado suspenso y callado hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traído, con la extrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero que habia ido á buscallo. Vinosle á la memoria á Car-

denio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contóla á los demas, mas no supo decir por que causa fué su qüestion. En esto oyeron voces y conociéron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó los llamaba á voces: salieronle al encuentro, y preguntándole por Don Quixote les dixo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia: y que si aquello pasaba adelante corria peligro no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El Li-

cenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían pensado para remedio de Don Quixote, á lo ménos para llevarle á su casa: á lo qual dixo Dorotea que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas quando pedían sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almoha-

da una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una caxita un collar y otras joyas con que en un instante se adornó de manera que una rica y gran señora parecía. Todo aquello y mas dixo que había sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donayre y hermosura, y confirmáron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida había visto tan hermosa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco le dixese quien era aquella tan hermosa señora, y que era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran

manera que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayéron en el suelo, y como se vio sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ámbas manos, y á quejarse que le habían derribado las muelas. Don Quixote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quixadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caído, dixo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. El Cura, que vió el peligro que corría su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas y fué con ellas donde yacía maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y quando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote so-

bre manera, y rogó al Cura que quando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud á mas que pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dixo el Cura; y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura, y los tres á pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mía, guie por donde mas gusto le diere; y ántes que ella respondiese dixo el Licenciado: ¿hácia que reyno quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reynos. Ella,

que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dixo: sí señor, hácia ese reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo partí del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis

alabanzas, dixo á esta sazón Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulación, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mía, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida: y así dexando esto para su tiempo ruego al señor Licenciado me diga que es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera que me pone espanto. Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mío, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro quatro salteadores y nos quitáron hasta

las barbas, y de modo nos las quitáron que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo: y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos salteáron son de unos galeotes que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la santa Hermandad, que había muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Había-

les contado Sancho al Cura y al barbero la aventura de los galeotes que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola por ver lo que hacía ó decía Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fuéron los que nos robáron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

QUE TRATA DE LA DISCRECION DE LA HERMOSA DORÓTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO.

No hubo bien acabado el Cura quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dixé ántes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque

todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazón Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del ar-

zon delantero hasta adobarla dél mal tratamiento que la hicieron los galcofes. Dorotea, que era discreta y de gran donayre, como quien ya sabía el menugado humor de Don Quixote, y que todos hacían burla dél sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado le dixo: señor caballero, miembresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galcofes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mía, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os

cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal, ¿qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mía, respondió Don Quixote: á lo que respondió Dorotea: pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto quando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, desgozosos de ver como fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman... y detúvose aquí un

poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dixo: no es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó

por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reyes como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reyno, y me lo habia de quitar todo sin dexarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendía jamas pensaba que me ven-

dria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafinando comenzaba á pasar sobre mi reyno, que no aguardase á poncrme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el reyno, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los míos me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se entenderia por todo este reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazón

Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la triste figura. Así es la verdad, dixo Dorotea: dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote dixo á su escudero: ten aqui, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dexó profetizado. Pues ¿para que quiere vuestra merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar y esté donde estuvie-

re, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna quando oí decir tantas hazañas tuyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. Pues ¿como se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese tomó el Cura la mano y dixo: debe de querer decir la señora Princesa que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha

sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y señora de todo mi reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre, el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesion de mi reyno junto con la de mi persona. ¿Que te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dixé yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y

Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la Reyna, así se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto dió dos zapatetas en el ayre con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reyno quando el Cielo le hiciese tanto bien que se lo dexase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; solo resta por deciros que de tanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno no me ha quedado sino solo

este buen barbado escudero, porque todos se anegáron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto: y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitara á mí, ó alta y valerosa señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espada, merced á Gines de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dixo entre dien-

tes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado, y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miétras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave fenix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues como ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir

que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el Condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cácese, cácese luego, encomiéndole yo á Satanas, y tome ese reyno que se le viene á las manos de vóbis, y en siendo Rey, hágame Marques ó Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho, y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos que dió con él en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿Pensais, le dixo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulci-

nea; ¿y no sabeis vos, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, ¿y quien pensais que ha ganado este reyno, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos Marques (que todo esto doy ya por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡O hideputa bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sanchito que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: digame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con es-

ta gran Princesa, claro está que no será el reyno suyo, y no siéndolo ¿que mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que Reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrámbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Como que no la has visto, traydor blasfemo? dixo Don Quixote, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sanchito, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente.... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo que ve las trampas y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dixo Dorotea, corred Sancho y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquea señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Príncipe. Fué Sancho cabizbaxo y pidió la mano á su señor, y el se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y

dixo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho y apartáronse los dos algo adelante, y díxole Don Quixote: despues que veniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por que lo dices, Sancho? dixo Don Quixote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fuéron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aun-

que en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba viéron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca les pareció que era gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre quando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido quando á grandes voces le dixo: ha ladron Gine-

sillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fuéron menester tantas palabras ni baldones porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dixo: ¿como has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad del, y en la similitud que tuvo con los de los libros

de caballerías. Ella dixo que muchos ratos se había entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que así había dicho á tiento que se había desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dixes, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonfísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá

nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿donde, como y quando hallaste á Dulcinea? ¿que hacia? ¿que le dixiste? ¿que te respondió? ¿que rostro hizo quando leia mi carta? ¿quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandísima pena por no saber lo que habias tú de ha-

cer quando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria quando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dixe á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo último: vuestro hasta la muerte, el Caballero de la triste figura: y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos míos.

CAPÍTULO XXXI.

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASÁRON ENTRE DON QUIXOTE Y SANCHO PANZA SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste ¿y que hacia aquella reyna de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pe-

ro pasa adelante: quando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del menea de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díxome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester ¿que coloquios pasó contigo? ¿que te preguntó de mí? ¿y tú que le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixé de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin pey-

narse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecía mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mí mas de un coto. Pues como, Sancho, dixo Don Quixote, ¿haste medido tú con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de

algun curioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es que sentí un olorillo algo hombruno, y debía de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quixote, sino que tú debías de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguló Don Quixote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, ¿que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó porque dixo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho

de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo que dixese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pudiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced: rióse mucho quando le dixe como se llamaba vuestra merced el Caballero de la triste figura: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de márras; díxome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes, mas díxome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixote; pero dime, ¿que joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y an-

tigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.— Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral quando della me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta le-

guas: por lo qual me doy á entender que aquel sabio nigromante, que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destes que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como ó en que manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y quando no os me cato asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muer-

te, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destes sabios encantadores que tienen cuidado destes valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así sería, dixo Sancho, porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos. Y como si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja: pero dexando esto aparte, ¿que te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tam-

bien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la qual daré tales disculpas que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redundo en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da y de ser yo suyo. Ay! dixo Sancho, ¡y como está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar es-

te camino en balde, y dexar pisar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reyno, que á buena verdad que he oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo y perdóname, y cásese luego en el primer lugar que haya Cura, y si no ahí está nuestro Licenciado que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale páxaro en mano que buytre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y dar-

te lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahalla, ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case me han de dar una parte del reyno para que la pueda dar á quien quisiere: y en dándomela ¿á quien quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir ántes con la Princesa que á ver á Dulcinea: y avisote que no digas nada á nadie, ni á los que con no-

sotros vienen, de lo que aquí hemos de partido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho, ¿como hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, ¿como se pueden encubrir los pensamientos de entrámbos? ¡Ó que necio y que simple que eres! dixo Don Quixote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro pre-

mio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote, ¡y que de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolas que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fuentequilla que allí estaba. Detúvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía quando la halláron, que aunque no eran muy

buenos hacian mucha ventaja á los que dexaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traian. Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el qual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues mireme bien que yo soy aquel mozo Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban y dixo: porque vean vuestras mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bos-

que, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma porque será testigo que no me dexará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le ví le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos desculdos que tenia nacian mas de ladron que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario; el amo replicó no se que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fuéron oidas no fueron admitidas: en resolucion yo le hice desatar, y tomé juramento al vi-

llano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Como al revés? replicó Don Quixote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedámos solos me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado: y á cada azote que me daba me decía un donayre y chufeta

acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decía. En efeto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debía; mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito y le dixo tantas villanias, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, enirme yo de allí, que no me había de ir hasta dexarte pagado, porque bien debía yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que die-

re, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto se levantó muy apriesa y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba pacienco en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea que era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió que advirtiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote, y es

forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle pagado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener ahora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: deme si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándosele al mozo le dixo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues que parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sien-

ten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abaxó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. íbase á levantar Don Quixote para castigalle, mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA
VENTA Á TODA LA QUADRILLA DE
DON QUIXOTE.

Acabóse la buena comida, ensilláron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritónes, que viéron venir á Don Quixote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díxoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada, á lo qual le respondió la huéspedada, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de Príncipes. Don Quixote dixo que sí haría, y así le aderezáron uno razonable en el mismo camaranchon de márras, y él se

acostó luego porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado quando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dixo: para mi santiguada que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos que es vergüenza, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dixese á Don Quixote que quando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la Princesa le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbe-

ro, y asimismo le volviéron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese; y el huésped con esperanza de mejor paga con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quixote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Tratáron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritónes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quixote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el Cura dixese que los libros de caballerías que Don

Quixote habia leído le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí sino á otros muchos: porque quando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo ménos de mí sé decir que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad,

dixo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿que os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella: tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo que recibo gusto en oílo, pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan

crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones, y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dexan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una malletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola hailó en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ir-

cania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego Garcia de Paredes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero y dixo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Félix Marte. Pues ¿por ventura, dixo el ventero, mis libros son hereges ó flemáticos que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dixo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero, mas si alguno quiere quemar sea ese del Gran Capitan y dese Diego Garcia, que ántes dexaré quemar un hijo que dexar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de dispa-

rates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzaló Hernandez de Córdoba, el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Truxillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios ahora habia

vuestra merced de leer lo que lei yo de Félix Marte de Ircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los fraylecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues que me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él asi como la vió se arrojó sobre ella y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ámbas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dexarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso

soltar: y quando llegaron allá abaxo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla: y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dixo tantas cosas que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyese esto se volvería loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dixo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frayles descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Ircania, ni Don Cirongillo de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es composura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos

decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dexar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamientos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos, y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos

para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no coxeis del pie que coxea vuestro huésped Don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice

que andaban por el mundo estos famosos caballeros. Á la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras: y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba determinaba de dexalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra estan escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decia: NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE. Leyó el Cura para sí tres ó quatro renglones y dixo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. Á lo que

respondió el ventero : pues bien puede leerla su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la he querido dar pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano. Vos tenéis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso si la novela me contenta me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miétras los dos esto decían habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será

para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir quando fuera razon. Pues desa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien : lo qual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiria, dixo : pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPÍTULO XXXIII.

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocían, los dos

Amigos eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo qual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en execucion; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo que en bre-

ve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo que no cesaba de dar gracias al Cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle y regocijarle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que quando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado que parece que se puede ofender aun de los mismos herma-

nos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario y formó dél quejas grandes, diciendole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados los dos Amigos, que no permitiese por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese, y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa. y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con quantas véras los dos se amaban estaba confusa de ver en él tanta esquiviza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo á Lotario para persuadi-

lle volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreccion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedáron de concierto que dos días en la semana y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en más que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el Cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener que amigos llevaba á su casa, como en mirar con que amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace ni conierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se conierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados

de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla, que haga ó dexé de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no le seria de honra ó de vituperio; de lo qual siendo del amigo advertido fácilmente pondria remedio en todo. Pero ¿donde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisár y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á to-

da maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los más de los días del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del día. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo á Lotario las semejantes razones:

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fuéron los míos, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el to-

do con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenían á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su ima-

ginacion que deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension le dixo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sino es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las continuas

importunidades de los solícitos amantes: porque ¿que hay que agradecer, decía él, que una muger sea buena si nadie le dice que sea mala? ¿que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solícitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solícitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que esta colmó el vacío de mis deseos: diré que me cu-

po en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quien la ballará. Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por obra; quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y muéveme entre otras cosas á fiar de tí esta ardua empresa el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedará yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud

de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte: así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente sino con el ahínco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fuéron las razones que Anselmo dixo á Lotario, á todas las quales estuvo tan atento, que si no fuéron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubb acabado: y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dixo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de véras las decias no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no

te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debía ser: porque las cosas que me has dicho ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dixo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿quanto mejor es que lo sienta el christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y quando el amigo tirase tanto la barra que pusiese aparte los respetos del Cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Ansel-

mo, ¿qual destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto, ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, ¿no vengo á quedar deshonorado, y por el mismo consiguierte sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los quales no se les

puede dar á entender el error de su seta con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como quando dicen: „si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales:” y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion: y este mismo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no

le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro de perderte: y porque claro lo veas dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿que buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿que mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? ¿ó que será mas despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices ¿para que quieres probarla, sino como á mala hacer dclla lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente co-

sa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las quales ántes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierta que el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrámbos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometiéron los santos acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el con-

trario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir al manifesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora, y si no sales te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y

deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo en el fin de su primera parte de las Lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
 En Pedro, quando el día se ha mostrado,
 Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
 De sí mismo, por ver que habia pecado:
 Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
 No solo ha de moverle el ser mirado,
 Que de sí se avergüenza quando yerra,
 Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar contino, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de

hacerla el prudente Reynáldos: que puesto que aquello sea ficcion poética tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: quanto mas que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el Cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prue-

ba, no por eso se le añadiría mas valor ni mas fama: y si se rompiese, cosa que podria ser, ¿no se perdia todo? Si por cierto, dexando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza no puede subir á mas valor del que ahora tiene, y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarias sin ella, y con quantá razon te podrias quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y qué todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para que quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y

que no se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga, sino quitárselos y despejalle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que quando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues oxeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo se está quedo y se dexa prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner de-

lante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos: y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empafiarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee, basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parecen al pro-

pósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidro la muger;
pero no se ha de probar
si se puede, ó no quebrar,
porque todo podria ser.

Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.

Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oyga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra,

cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y

baxo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quierote decir la causa porque con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primero padre en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró dixo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: por esta dexará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entónces fué instituido el divino sacramento del Matri-

monio con tales lazos que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defetos que se procura, redundan en la carne del marido aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la muger por ser una misma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso

que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonorado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están'osegados en el pecho de tu casta esposa: advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto que lo dexaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decir-

me, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y ansimismo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse quanto mas para comerse: así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros de con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedare contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra: y estás obligado á ha-

cer esto por una razon sola, y es que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondría en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada; pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences dare por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daría á otro cuenta de su mal deseo, por

evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaría quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro día siguiente se comenzase la obra, que él le daría lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimismo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando el no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haría. Á todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á

casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel día tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro día vino á comer con su amigo y fué bien recibido de Camila, la qual le recibia y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenia. Acabáron de comer, levantáron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha im-

portancia. Dixo tambien á Camila que no dexase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto él supo tan bien fingir la necesidad ó necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo y quedáron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de caballeros armados. Mirad si era razon que temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaría en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento y á Lota-

rio durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en ángel de luz siendo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre

quien es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada dia daria el mismo lugar aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se pasaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas,

por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os dare mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que decirse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba 'en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estu-

viera un siglo: y cayó en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila todo era ficcion y mentira: y para ver si esto era así salió del aposento, y llamando á Lotario aparte le preguntó que nuevas habia y de que temple estaba Camila. Lotario respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir, y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para que me engañas, ó por que quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho pa-

ra dexar corrido y confuso á Lotario, el qual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, qual lo veria si con curiosidad lo espiaba: quanto mas que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para darle comodidad mas segura y ménos sobresaltada determinó de hacer ausencia de su casa por ocho días, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léjos de la ciudad: con el qual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, ¿que es lo que haces? ¿que es lo que trazas? ¿que es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la po-

sees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del Cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para que quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su fiaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traydor lealtad.

Pero mi suerte, de quien

jamas espero algun bien,
con el Cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me dén.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la órden que su marido le dexaba, y díxole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa: y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabia gobernar su casa, que probase por aquella vez y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó qué aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecelle. Camila dixo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué rece-

bido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila: y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dexaba solos como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la

gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba el pensamiento discurría y tenía lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenía, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respectos que á Anselmo tenía; y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él ni él viese á Camila, mas ya le hacía impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mi-

rar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal christiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas había sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efeto la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le había puesto en las manos, diéron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna:

mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en mas á Camila, la qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara no sabia que hacerse: y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPÍTULO XXXIV.

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE.

„**A**si como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido quando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos y tan imposibilitada de no

poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque dexé sin guarda la vuestra, porque la que me dexásteis, si es que quedó con tal titulo, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca: y pues sois discreto no tengo mas que deciros ni aun es bien que mas os diga.”

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resol-

vió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir

á los ojos para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efeto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero que

mucho si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que el le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar, y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una mu-

ger que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas como son dádivas ni promesas. Contentate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experien-

cia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio que el Cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déxate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó que no dexase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entón-ces: y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori, porque él le daría á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que quando Lo-

tario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedáron deste acuerdo el impertinente y el traydor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fué le dixese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huía de vella y de estar con ella á solas. Dixole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él

sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrámbos: y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro día, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen credito: pero sea lo que fue-

re, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice así:

SONETO.

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.

Y al tiempo, quando el sol se va mostrando

Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.

Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece, y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste
cuento,

Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al Cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó y dixo que era demasidamente cruel la dama que á tan claras verdades no cor-

respondía. Á lo que dixo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad? En quanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo; todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario: y así con el gusto que de sus cosas tenía, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto, ó otros versos sabia, los dixese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creído,
Es mas cierto el morir, como es mas
cierto

Verme á tus pies, ó bella ingrata,
muerto,

Ántes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la region de olvido,

De vida y gloria, y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,

Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte, ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonorra, pues quando mas Lotario le deshonoraba, entónces le decía que estaba mas honorado: y con esto todos los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menospre-

cio, los subía en la opinión de su marido hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella le dixo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesión que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirlé. No te dé pena eso, señora mía, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oído decir, unas veces vuela y otras anda: con es-

te corre y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así ¿de que te espantas, ó de que temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfeta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oídas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tam-

bien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caíste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima: y que no solo tiene las quatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un *A B C* entero: si no escúchame y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido, bueno, caballero, dádivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las SS* que dicen, y luego *tácito, ver-*

dadero: la *X* no le quadra, porque es letra áspera: la *T* ya está dicha: la *Z* *zelador* de tu honra. Rióse Camila del *A B C* de su doncella, y tívola por mas plática en las cosas de amor que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí pasaban: porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar á Leonela no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto porque no viniesen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respon-

dió que así lo haría; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella había de perder su crédito: porque la deshonesto y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viesse no había de osar descubrirle: que este daño acarrear entre otros los pecados de las señoras que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viesse una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era pensó primero que debía de ser alguna fantasma; mas quan-

do le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que había visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuéron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que

Anselmo se levantara, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dixo: sábeta, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sábeta que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme, y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrámbos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa me ha-

blará en la recámara donde está el reposito de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los míos lo que Camila quiere: y si fuere la maldad, que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y

discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspensó y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde ménos las esperaba oír, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida. Al fin

acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo;

pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaría remedio para atajar la insolencia de Leonela: díxole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos había dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le había puesto. Espantada quedó Camila de oír lo que Lotario le decía, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que había tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando quando de propó-

sito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo á Lotario que procurase que otro día se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto ella le dixese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y

siguiese ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomía de las entrañas de su honra, iba-se á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila quando dando un grande suspiro dixo: ¡ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que antes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon

que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber que es lo que viéron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo como es el que me ha descubierta en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y que es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal pro-

pósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuella caras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿que hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Que, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en que paraba tanta gallardía y honesta reso-

lucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dixo: ¿por que no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas hasme

de dar primero esa daga, porque no haga cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: váleme Dios, ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me

tenga por deshonesta y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traydor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que él no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas si su insolencia no

llegara á tanto que las manifiestas dádivas, y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para que hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolución gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traydores, aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo: y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bas-

tante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera la prueba de venir Lotario, aunque temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano; y así como Camila le vió haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y ántes que á esto me respondas palabra quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido y en que opinion le tienes, y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Rcspondeime á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son difi-

cultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder á Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa dis-

culpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer in-

advertidamente. Si no dime ¿quando, ó traydor, respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal, que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿quando tus amorosas palabras no fuéron deshechas y reprehendidas de las mías con rigor y con aspereza? ¿quando tus muchas promesas y mayores dádivas fuéron de mí creídas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí

tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvaynada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y

de su fuerza para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podía herir á Lotario, ó fingiendo que no podía, dixo: pues la suerte no quiere satisfácer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenía asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la isilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió

del temor que hasta entónces tenía, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él tocaba comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á el sino al que habia sido causa de haberle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pedíale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde

gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fue-

ra mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podia dexar de ver: á lo que Leonela respondia que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila ¿que tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni susentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena,

señora : de aquí á mañana , respondió Leonela , yo pensaré que le digamos y quizá , que por ser la herida donde es , se podrá encubrir sin que él la vea , y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sostégate , señora mía , y procura sossegar tu alteracion , porque mi señor no te halle sobresaltada : y lo demas déxalo á mi cargo y al de Dios que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra : la qual con tan extraños y eficaces afetos la representáron los personajes della , que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Descaba mucho la noche , y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario , congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese , y él sin perde-

lla salió y luego fué á buscar á Lotario , el qual hallado no se puede buenamente contar los abrazos que le dió , las cosas que de su contento le dixo , las alabanzas que dió á Camila : todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría , porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo , y quan injustamente él le agraviaba : y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba , creía ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa , y así entre otras razones le dixo que no tuviese pena del suceso de Camila , porque sin duda la herida era ligera , pues quedaban de concierto de encubrísela á él , y que segun esto no habia de que temer , sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él , pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acaesara desearse , y quería que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila , que la hiciesen eterna en

la memoria de los siglos venideros. Lo-
tario alabó su buena determinacion, y
dixo que él por su parte ayudaria á le-
vantar tan ilustre edificio. Con esto que-
dó Anselmo el hombre mas sabrosamen-
te engañado que pudo haber en el mun-
do: él mismo llevaba por la mano á su
casa, creyendo que llevaba el instrumen-
to de su gloria, toda la perdicion de su
fama: recebiale Camila con rostro al pa-
recer torcido, aunque con alma risueña.
Duró este engaño algunos dias, hasta que
al cabo de pocos meses volvió fortuna
su rueda, y salió á plaza la maldad con
tanto artificio hasta allí cubierta, y á
Anselmo le costó la vida su impertinen-
te curiosidad.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

- C**AP. XX. *De la jamas vista ni oida
aventura que con mas poco peligro
fué acabada de famoso caballero en
el mundo, como la que acabó el va-
leroso Don Quixote de la Mancha. Pág. 5*
- C**AP. XXI. *Que trata de la alta aven-
tura y rica ganancia del yelmo de
Mambrino, con otras cosas sucedi-
das á nuestro invencible caballero. 34*
- C**AP. XXII. *De la libertad que dió Don
Quixote á muchos desdichados que
mal de su grado los llevaban donde
no quisieran ir..... 59*
- C**AP. XXIII. *De lo que le aconteció al
famoso Don Quixote en sierra Mo-
rena, que fué una de las mas raras
aventuras que en esta verdadera his-
toria se cuentan..... 82*
- C**AP. XXIV. *Donde se prosigue la aven-
tura de la sierra Morena..... 107*
- C**AP. XXV. *Que trata de las extrañas
cosas que en sierra Morena sucedié-
ron al valiente caballero de la Man-
cha, y de la imitacion que hizo á la
penitencia de Beltenébros..... 127*
- C**AP. XXVI. *Donde se prosiguen las fi-*

nezas que de enamorado hizo Don Quixote en sierra Morena.....	163
CAP. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan en esta grande historia.....	180
CAP. XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y barbero sucedió en la misma sierra.	217
CAP. XXIX. Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.....	250
CAP. XXX. Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.	276
CAP. XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.....	299
CAP. XXXII. Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la quadri-lla de Don Quixote.....	319
CAP. XXXIII. Donde se cuenta la novela del curioso impertinente.....	333
CAP. XXXIV. Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.....	379